

La Imagen de Nuestra Señora de la Estrella pertenece a una hermandad o asociación religiosa de laneros. Al enajenar el local donde se halla la capilla, para el ensanche y engrandecimiento de la Catedral, se reservó el privilegio de celebrar sus fiestas cantando las vísperas y Misa a la misma hora en que aquél las celebra. El Sr. Valero reclamó, como lo habían hecho otros Prelados, aunque con mal éxito; llevó el asunto a los tribunales, y como el fallo le fué desfavorable, ordenó—en prueba de humildad y arrepentimiento—que sus restos mortales fuesen sepultados al pie de la mencionada capilla, a fin de que los hermanos de la Cofradía pisasen su sepultura cuando celebraran las fiestas estatuidas por la misma.

En resumen: el Pontificado de D. Francisco Valero y Losa, por más que no aparece tan brillante y renombrado como el de otros, merece el título de dichoso; su epitafio, enalteciendo su memoria, reza que fué *esclarecido por su sabiduría, más esclarecido por su benignidad, mucho más por su humildad; fué un ángel en la pureza y un serafín en su celo.*

Trodoro de San Román
Numerario.

V

San Miguel el Alto.

La visita de varios académicos a esta Iglesia fué por demás interesante y atractiva. No se recogieron en ella datos importantes, ni fueron admiradas olvidadas obras de arte, pero se sintió bajo aquellas bóvedas, con enorme impresión, el aroma de lo que fué, de un mundo que pasó, de costumbres y creencias que existieron sin dejar huella apenas tras de sí.

Carcomidos techos arábigos; un alto crucero; grandes blasones con cruces rojas; algunas pinturas de no escaso mérito; algunas imágenes de talla, no sin valor artístico; un claustriillo procesional casi hundido, con un ara visigoda por escalón de la puerta, y la esbelta y airosa torre mudejar presidiendo el conjunto. Las cam-

panas parece que callaron hace siglos, las plantas ornamentales del jardín han vuelto a tomar su primitivo aspecto silvestre. Entre las zarzas se deslizan los lagartos sobre trozos de lápidas sepulcrales, ya ilegibles. En un cuartucho ruinoso y sin ventanas, yacen aún arrimadas a la pared, la manga parroquial y los ciriales que parece hicieron su última salida procesional en manos de acólitos del siglo XVII. En la pared del claustillo, varios bastidores de pinturas, ostentan jirones de ellas, ya roídas por la intemperie. Se habla de unos cuadros de Eugenio Cajés, ¿serían éstos?..... Aún se miran en uno de ellos los trazos de una cabeza de santa o virgen, de muy discreta línea. En otro se ven, en el tablero de madera del fondo, notas al lápiz de unos perfiles para un adorno torneado, cuentas, nombres y otras intimidades de taller, que han sobrevivido a la pintura, y la humedad, el sol y el aire han descubierto, destruyendo la tela.

El interés que el prolongado olvido da a este bello rincón, es tan grande que, todos los visitantes nos sentimos presa de la fiebre de escudriñar hasta lo más oculto. De un inmenso arcón forrado de cuero con gruesos clavos de bronce, extrajimos, después de grandes trabajos, los restos de una lámpara de cobre insignificante. La puerta de la torre, chapada de hierro, conserva en sus jambas señales de haberse apoyado muchas manos. Se piensa instintivamente en uno de aquellos rebatos tan frecuentes en la Edad Media, en que tal vez se arrojarían desde las campanas piedras, flechas y pez o aceite hirviendo sobre los enemigos que ocupasen la calle, moros o cristianos. Esta torre, del siglo XIV, es sin discusión la más airosa y esbelta de las muchas torres arábigas que se alzan en Toledo. En lo más alto de la ciudad, recortando su tostada silueta sobre el intenso azul del cielo castellano, parece un obelisco egipcio solemne y callado, cuyos geroglíficos hayan trazado manos islamitas. La cuerda de la campana pende al exterior, azotando por el viento los elegantes arabescos y espantando a los pájaros; el tañido de la campana, que recuerdo haber oído alguna vez, es dulce y gutural, es una voz que suena desde otras épocas tranquila y suave.

Las bóvedas de la Iglesia merecen ser examinadas. Las forman artesonados de gusto arábigo y suma sencillez; su peralte es grande y hace pensar están formadas por la cara interior de la armadura del tejado. Sólo ostentan tal o cual labor en forma de estrella y las atirantan delgadas alfardas pareadas. En el promedio del siglo

último fueron artísticamente enjalbegados estos techos con cal y azulete, y creo recordar que por allí está consignado el nombre del Mecenaz que costeó la obra o del *artista* (!) que la llevó a cabo.....

El altar mayor y los dos colaterales son grecorromanos y de regular traza; las pinturas que en ellos se miran son de escaso mérito. Dos cuadros colocados a ambos lados del crucero, se atribuyen a Cajés (no sabemos si Eugenio o Patricio), aunque a mi parecer estos cuadros no son los del indicado artista, que se colocaron aquí habiéndolos retirado de la Catedral, y deben ser de no tan experta mano como la del pintor de Felipe III, puestos cuando deteriorados los de Cajés se colgaron sus restos en el claustro. Lo poco que de ellos se ve, por la altura en que están y la mala luz, no tiene nada parecido a la pintura del decorador de los salones del Pardo.

Hay, sin embargo, buena pintura en esta Iglesia. En la capilla de la Soledad, en el altar churrigueresco, rodeando la hornacina de la Virgen, se ven cuatro figuras de Jesús desnudo presentado al pueblo y en el trance de la flagelación. Son figuras de dibujo firme y de color jugoso y caliente, que traen a la memoria la escuela de Madrid de fines del siglo XVII. Quien las pintó vió mucha pintura de Velázquez y conoció la de Rubens. Sin más detenido examen no es fácil la atribución, aunque su realismo es grande. Nuestro ilustradísimo Presidente, Sr. Ramírez de Arellano, supone las pintó Valdés Leal, con cuya pintura guardan también grandes conexiones. Las imágenes de talla son muchas en este templo. Debo advertir que, salvo un número muy reducido, considero las imágenes de talla como madera mal gastada, pues son rarísimas las que tienen forma aceptable, y la policromía no les da vida, sino que desvanece la forma. Desde el momento en que quieren acercarse a la realidad, pierden aquel encanto convencional, meramente decorativo, de que la Edad Media las adornó. Con tal criterio no debe extrañarse que me atreva a declarar malas todas las estatuas que hay en San Miguel el Alto, y no lo digo por el San Agustín pisoteando el error, grupo que es un mal sueño verdaderamente, sino hasta por el San Miguel con su bandera española y el charolado San Juan de la capilla de la Soledad. La talla sin colores, como las maravillas de Berruguete y Borjoña en el Coro de la Catedral, forma la verdadera escultura española renaciente. Salcillo, Montañés y algunos otros, serían

colosos si hubiesen prescindido del color aplicado para buscar la realidad.

He buscado inútilmente una inscripción sepulcral citada por Amador de los Ríos, de la que dice estaba colocada en el claustro. ¿Está en el Museo Provincial?.... Deben estudiarse los blasones que ostentan una cruz roja, que están entre unos adornos a manera de capiteles, de donde arranca uno de los arcos de comunicación entre las naves. Por la época, creo sean muy recientes para indicar a los templarios, a quienes la tradición designa como poseedores de esta Iglesia o del edificio que en el mismo solar la precedió. Debe también levantarse la estera que cubre todo el pavimento. Es posible que haya lápidas sepulcrales con inscripción que vendría conocer.

La pila bautismal de esta parroquia es gallonada y con inscripción gótica en el borde, y contiene una gran vasija con tapa de barro esmaltado, con prolijas labores azules, que no tienen carácter talaverano. Debe datar del siglo XVIII.

Un dato curioso. El Sr. Ramírez de Arellano nos hizo saber que según él ha averiguado, la traza del crucero y capilla mayor de San Miguel se debe a Juan Bautista Monegro, el insigne autor de la capilla del Sagrario de la Catedral toledana, si bien la ejecución de la obra fué llevada a cabo por otros artistas.

El parentesco del crucero de San Miguel y la citada capilla, es para mí evidente. Líneas sencillísimas, austeridad, pobreza en el primero, y lujo de traza, no siempre de gusto depurado, en el otro, dominando en ambos una ley inflexible, la de la bella y esbelta proporción que los caracteriza desde luego.

Desde que el semidivino Miguel Angel trazó la sublime curva ovoidal de la cúpula de San Pedro de Roma y la bella columnata que la sostiene, pudo verse bien claro que la belleza de los edificios, como la de las figuras y hasta los utensilios, dependía harto más de la bella proporción que de la decoración aplicada.

Juan de Herrera llegó hasta casi suprimir el detalle decorativo; otros, como el mismo Borromini, enriqueciendo sus obras con primores de decoración, no olvidaron las proporciones. El Renacimiento se aferraba en buscar lo perfecto, lo constante, lo específico, seguro de hallar lo bello en tal investigación, y es preciso confesar que, si no en absoluto, casi siempre, fué su esfuerzo premiado. Hasta los artistas del período barroco no olvidaron del

todo la ley de la proporción bella. Ribera, Churriguera y el mismo Borromini deben a este respeto sus mejores obras; de los demás puede decirse lo que Leonardo de Vinci dijo a un principiante que le enseñaba un cuadro de una Venus o Leda cubierta de joyas: «Eres previsor, le dijo el maestro, ya que no has podido hacer una mujer bella, la has hecho rica y no la han de faltar adoradores.»

No se sabe de modo cierto que Monegro estuviese en Italia. El P. Sigüenza, su panegirista, no hubiera dejado de consignarlo entre los elogios que le tributa, pues, casi hasta nuestro tiempo, el haber visitado aquel país de las artes, ha sido ennoblecedor para el artista; pero sin datos históricos yo me atrevería a asegurarlo, porque ese sentimiento exquisito de la proporción ha sido poco frecuente en los artistas nacionales, y se debe, sin duda alguna, a la influencia romana. Aquí en España, el dominio casi absoluto era de la decorativa aplicada en tiempo de Monegro, y ya se sabe que en la arquitectura ejercía su dominio hartó a expensas de la matemática, según enseñó la Escuela semítica, sumergiendo en bellísimos detalles decorativos hasta las arquitecturas más absurdas.

Es cierto, pues, que hubo una Escuela que enseñó que todas las obras humanas pueden ser bellas sin necesidad de aditamentos con fines estéticos; pero esta tendencia sólo llegó a despertar algún tanto el sentimiento de la bella proporción, sin que la mayoría de los artistas abandonasen la fiebre decoradora, propia del país y del tiempo, como lo prueba el mismo Monegro.

Quedó de esta Escuela la gran protesta herreriana, el solemne y grandioso Monasterio del Escorial y el intento descabellado de Juan de Arfe de someter al compás y al módulo hasta la figura humana, haciendo de la belleza obra de Geometría.

Larga ha sido esta digresión, pero debe perdonarse a quien tiene la inveterada costumbre de estudiar los monumentos, y, en general, todas las obras de arte, sin más guía que el escaso sentido estético de que le dotó la Providencia.

Tal es cuanto recuerdo relacionado con la visita a San Miguel el Alto, como de los sitios más emocionantes, por su soledad y abandono, de cuantos pueden visitarse en esta ciudad del misterio.

Al salir de San Miguel visitamos la casa frontera, llamada desde hace siglos la Casa del Temple, donde es tradición tuvieron su claustro o perceptorio los caballeros templarios, atribuyéndoseles también el dominio de San Miguel. Hasta hace pocos años, y sea lo que quiera de cierta dicha afirmación, la Casa fué muy visitada, por constituir uno de los más típicos y preciosos restos arábigos que la ciudad conservaba. Amador de los Ríos describe, muy detalladamente, la riqueza de su patio y otros departamentos, que ostentaban inscripciones curiosas, de que da la traducción, y por todos lados una riqueza de decoración exuberante.

Había, entre otras habitaciones, un pequeño alhamí con una hornacina absidial llena de pequeños nichos, adornados de modo incomparable, que llamaban la botica, y tenía cierta semejanza con un columbarium romano; era éste un ejemplar único, del que sólo ofrece un recuerdo, mucho menos rico, el que se conserva en el castillo de la Aljafería de Zaragoza.

Así llegó este precioso resto hasta uno de los últimos años del siglo pasado, en que todo lo artístico que la casa encerraba fué arrancado y transportado al extranjero. No creo mediara oferta a la Nación, para que adquiriese tal preciosidad, ni que se alzase una sola voz de protesta.

Los visitantes salimos dolorosamente impresionados al pensar que no existe en España una ley que ponga coto a la salida de objetos de arte del territorio nacional, ni nuestros legisladores parecen preocuparse de esta falta.

En la actualidad, la Casa del Temple no ofrece el menor rasgo artístico. Sería, sin embargo, de gran interés, cualquier intento de reconstrucción de su historia. ¿Habitaron allí los templarios?... ¿Estuvo unida a la Iglesia de San Miguel?... Es lo cierto que ambos edificios debieron comunicarse, pues en el muro de la Iglesia y dirigido a la Casa, hay un arco lodado, de indudable construcción arábiga.

El callejón que separa la Casa de la Iglesia ha debido ser abierto en tiempos mas recientes.

Vicente Cantanda

Numerario.

Toledo 10 de Mayo de 1919.